

des sobrenaturales de la fe, que considera la sagrada Teología, renunciando á la doble luz de la revelación y de la razón, para encerrarse como vil gusano dentro de lo sensible y material? ¿No es esto excluir el principio de toda perfección intelectual y moral, negando por una parte á la misma razón humana la virtud que posee de discurrir por el campo de lo inteligible, ayudada de la luz sobrenatural de la revelación y de la fe, y por otra la libertad de albedrío, perfeccionada y defendida por la ley natural y la divina? "He aquí, dice un insigne filósofo cristiano, el término á que hemos venido. Después de tan ponderados progresos la ciencia ha llegado á negar hasta la fuente misma del progreso, que es por una parte la razón como facultad esencialmente distinta de los sentidos, y por otra la verdad como objeto incomunicable al sentido. Sin duda ha sido consejo benigno de la Providencia que la razón, engreída con las conquistas obtenidas mediante la acción benéfica del Cristianismo, y cuando ya meditaba escalar el Cielo, sea ofuscada hasta el punto de no percibir ya el principio que la distingue de los animales, y que constituye su nobleza y su excelencia. ¡Ella, que cree que se basta á sí misma y que puede sacar de sí toda la ciencia, por permisión de Dios llega á perder hasta el principio de la ciencia, la realidad é inmutabilidad de la verdad! ¡Ella, que quiere proceder siempre con evidencia geométrica y se niega á admitir lo que no se pesa con la razón, vese reducida á poner la *analogía* en el lugar de la evidencia y á reemplazar con apariencias la realidad ¹."

VII

Aún no habrá olvidado el lector que también me propuse probar en este breve ensayo, con ocasión de las palabras del ilustre Marqués de Valdegamas que se leen en las primeras páginas de él, que la Historia no es verdadera ciencia, tomada esta palabra en el sentido riguroso en que la toman los parti-

¹ PRISCO, *Lo Hegheltianismo* (Nápoles, 1868), pág. 240.

darios del progreso fatal y necesario de la Humanidad. Con ellos coincidía literalmente, ya que no según el espíritu, nuestro ilustre publicista en el tiempo de sus ilusiones doctrinarias, cuando decía que la ley del progreso dominaba las generaciones humanas, y que ésta es ley *fatal*, que encierra en su seno una serie de consecuencias *lógicas é inflexibles* que es *forzoso* que se realicen y se cumplan. No suena de otro modo la voz de los modernos doctores en la gran vanidad de vanidades—palabras proferidas por uno que había sido graduado en ella, y que después se convirtió á la verdad ¹—que lleva el nombre de *filosofía de la Historia* en las escuelas heterodoxas. Según la fórmula de V. COUSIN, que este filósofo tomó de sus maestros alemanes, la Historia es "una geometría inflexible en que todas las épocas, con todo el número y orden y desarrollo de ellas, están determinadas con caracteres indelebles," ².

No son, á la verdad, una misma cosa en la mente de tales doctores lo que llaman *ley del progreso y filosofía de la Historia*. Esta última es la Historia misma erigida en ciencia propiamente dicha, y aquélla es uno de los dos postulados de esta supuesta ciencia ³, según el cual "todos los actos humanos, no de otra suerte que los hechos naturales, están determinados por causas y condiciones necesarias, con exclusión de toda especie de contingencias, así en el mundo de la Humanidad como en el de la Naturaleza," ⁴.

Pero basta recordar el concepto de ciencia, tomada esta voz en sentido propio y riguroso, y compararlo con el que debemos tener de la Historia, para entender luego al punto la falsedad de semejante doctrina.

¹ ANTONIO FRANCHI.

² *Introduction à l'hist. de la phil.*, lec. 7.

³ El otro falso postulado de la filosofía racionalista es este otro, formulado por ANTONIO FRANCHI: "De toda la serie de los actos humanos, así como de los hechos naturales, se tiene conocimiento, si no plenamente adecuado y absoluto, al menos tal y tan grande que excluya la posibilidad de todo error en la determinación esencial de cada serie, ó sea que no deje lugar á alteraciones ó perturbaciones tan leves que puedan ó deban dejar de ser tomadas en cuenta sin detrimento alguno de la teoría." (*Ultima critica*, pág. 184.)

⁴ *Ibid.*

ARISTÓTELES definió la ciencia: "Conocimiento de la cosa por la causa, conociéndose que es causa de ella y que necesariamente proviene de ella la cosa; ó lo que es idéntico, que la cosa no puede haberse de otro modo: *cognitio rei per causam, et quod illius est causa, et quod aliter se habere non potest.*" Es, por tanto, la ciencia, en sentido estricto, el resultado de la demostración: es un sistema *a priori* engendrado por la razón humana conforme á las leyes del silogismo deductivo, y que versa sobre verdades universales y necesarias, de las cuales tiene el sujeto perfecta certidumbre. De ella puede decirse que encierra principios y consecuencias inflexibles, ninguna de las cuales puede ser negada sin que venga por tierra el edificio intelectual de la ciencia; ejemplo: la *Geometría*, á que ha sido comparada la Historia por los discípulos de HEGEL.

Pero la verdadera historia, tomada esta palabra en sentido lato, no es otra cosa sino la simple *narración* escrita de algún hecho, y tomada en sentido propio ó estricto, comúnmente adoptado, es la *narración* de los sucesos que acontecen en la vida, así de los hombres individualmente considerados, como de las naciones. Por donde se ve que no son materia de la Historia, como lo son de la ciencia, verdades *universales y necesarias*, sino hechos *singulares y contingentes*, que no se encadenan por otra parte entre sí en forma de silogismos, ni son deducidos *a priori* por la razón científica, ni brillan con el esplendor de los axiomas ni de los teoremas ya demostrados, ni excluyen en todos los casos la duda ni el error. Diferénciase, pues, la Historia de la ciencia por su *materia* y por su *forma*.

Si la Historia fuera verdadera ciencia, no solamente los hechos pasados, sino toda la serie de los acontecimientos futuros, estarían presentes, virtualmente al menos, en la mente de los que presumen de conocerla¹; y la *profecía*, que ha sido y será

¹ SCHELLING decía que "así se puede tomar por punto de partida lo presente para idear lo pasado, como lo pasado para conocer lo presente y lo por venir." "No parece, dice el Conde AVOGRADO, cuya es esta cita, que se sentía con fuerzas para construir la historia de un siglo y aun la del género humano, sólo con tener ante los ojos un número de la *Gaceta*."

siempre un don sobrenatural, alumbraría con lumbre indefectible á todos los que, penetrando en las consecuencias inflexibles de la ley fatal del progreso histórico, anunciaran lo que está por venir. Pero ya SAN AGUSTÍN, á quien siguió fielmente el ilustre Obispo de Meaux¹, distinguió admirablemente en los hechos, en que se manifiesta la acción divina pública por medio de la cual rige Dios y gobierna el género humano, lo que puede saberse por la Historia y lo que es revelado por medio de la profecía: *Quid autem agatur cum genere humano per historiam commendari voluit et per prophetiam*².

Diráse, por ventura, en favor de los que hacen á la Historia ciencia y filosofía, que no debe contentarse la Historia con narrar meramente los hechos, sino, respondiendo á su doble vocación y destino, debe exponer las causas y razones de ellos; y no solamente las razones próximas ó inmediatas, sino las últimas ó supremas, y con ellas los efectos que se han seguido de su acción mediante los sucesos que de algún modo han influído en la suerte de la Humanidad, en los cuales se manifiesta la divina Providencia; ¿pero acaso hay nadie que dude que éste es en realidad el oficio de la Historia? Mas no es menos cierto que las causas de las acciones libres, que junto con la intervención divina forman la trama de la Historia, son causas *libres*, exentas de la férrea *necesidad* que la ciencia contempla en las leyes naturales y en las conclusiones de los principios en que se enuncian; ni es tampoco menos cierto que las consecuencias de aquellos hechos, las huellas que imprimen en la vida de la Humanidad, y en suma todos los acontecimientos que refiere la Historia, son conocidos *a posteriori*, por modo empírico y en sus relaciones con las leyes, ora psi-

¹ "Siendo indudable que la Providencia divina no sólo influye en las acciones particulares de los individuos, sino que dirige y gobierna todo el género humano por medio de una acción pública, es consiguiente que la acción divina respecto de cada individuo sólo sea conocida por éste que la recibe y por Dios que la pone; empero la acción divina pública por medio de la cual rige y gobierna al género humano se manifiesta ó revela por medio de la Historia y de la profecía." (BOSSUET, citado por el CARDENAL GONZÁLEZ, *Estudios religiosos, filosóficos y sociales*, pág. 74.

² *De vera religione*, cap. XXV.

cológicas, ora fisiológicas, que influyen en la vida humana, y de las cuales procede lo que hay de necesario ó independiente del arbitrio humano en la sucesión de los hechos históricos.

Tocante á los principios supremos á cuya consideración se eleva el entendimiento á vista de los sucesos históricos, y que confieren á la Historia la dignidad de maestra de la vida, bien será observar que esos principios, más bien que á la Historia, pertenecen á la Filosofía, ó mejor dicho, hablando con lectores cristianos, á la sagrada Teología. Los cuales, lejos de quitar, presuponen la libertad de nuestro albedrío, y dejan por tanto á salvo el carácter contingente y libre de las acciones humanas, en razón del cual la historia que las expone es historia *moral*, no historia *natural*, no historia regulada por ley alguna que determine totalmente la vida humana ¹. Los principios que iluminan á la Historia desde la alta cumbre que ocupa la Metafísica son condiciones que limitan la libre actividad de los hombres, no causas ni leyes que la determinen. No está sujeta á ellos la Historia absolutamente, sino sólo por modo condicional ó hipotético, supuesto que los hechos que refieren no están contenidos dentro del orden físico y natural, donde todo acaece necesariamente. "Si el libre albedrío, dice FEDERICO SCHLEGEL, fuese mera ilusión psicológica; si no hubiera intención alguna ni acción propiamente dicha en la vida del hombre; si todos los sucesos estuvieran predeterminados y sometidos á una necesidad ciega, en ese caso la descripción histórica de la Humanidad, la Historia, sería sólo una rama de las ciencias naturales; pero ésta es una consecuencia rechazada y desmentida por el sentir común y por el juicio de cada uno, según los cuales la lucha entre el principio bueno y divino y el principio malo y hostil, viene á ser la suma y compendio de la vida individual, desde la cuna hasta el sepulcro, y de la historia en general, desde la creación del hombre hasta la consumación de los siglos. Sin la idea de una Providencia que go-

¹ Véase á ANTONIO FRANCHI, principalmente en la nota á la parte II de la *Ultima critica*, intitulada: *Storia è scienza*.

bierna y dirige el curso entero de los destinos humanos; sin la idea de una virtud divina y libertadora que guía á la Humanidad hacia el término final de su cautiverio, la Historia no es sino un laberinto sin salida, un montón de escombros y ruinas de los siglos pasados, una tragedia sin exposición ni principio, sin fin y sin desenlace ¹.

En resolución: si por filosofía de la Historia se entiende que la Historia sea constituida en una ciencia que explique los acontecimientos humanos por leyes físicas naturales que hayan regulado la vida durante las épocas que ya han pasado, y que la regulen en lo por venir, suponiendo que el progreso es la condición natural de la sociedad y mostrando la fórmula histórica de las varias edades en que la Humanidad se va sucesivamente perfeccionando ², nada hay más vano, ni más falso y funesto que semejante filosofía. Ahora, si por filosofía de la Historia se entiende los conceptos de la sabiduría cristiana, que ilustran los hechos históricos de manera que en ellos se revelen los designios de la divina Providencia, siendo así confirmada la fe en Dios, en la Sagrada Escritura y en la misión sobrenatural de la Iglesia, á quien finalmente se ordenan todos

¹ *Phil. de l'hist.*, lect. XV.

² No es menos *vana y fantástica*, dice á este propósito el insigne ANTONIO FRANCHI (*Ultima critica*, parte III, pág. 184), y fantástica y arbitraria la fórmula progresiva de este perfeccionamiento, sacada de Comte y de Littré por el mismo FRANCHI cuando éste era racionalista, y "dividido en tres ciclos ó períodos capitales". En el primero predomina el sentimiento y la razón aún débil: en tal período el carácter general de la vida es una mitología poética. En el segundo, conforme á la ley de la reacción, llega á prevalecer la razón y languidece el sentimiento: en este otro período la forma universal del pensamiento es una teología metafísica. En el tercero, la acción y la reacción se concilian en una progresión mutua, ó, por decirlo con frase alemana, la tesis y la antítesis se identifican en una síntesis más vasta y comprensiva, sobreviniendo el acuerdo parcial, relativo (nunca absoluto, pues esto sería el colmo de la perfección absoluta á que no puede llegar la Humanidad) del sentimiento y de la razón, y entonces es ley suprema del pensamiento y de la vida una filosofía natural. "Pero estas supuestas *leyes y fórmulas*, añade el mismo FRANCHI, convertido ya á la verdad y refutando sus antiguos delirios, que entonces exaltaban las imaginaciones juveniles cual si revelaran al mundo una ciencia nueva y misteriosamente sublime, nada tienen de *históricas* ni de *positivas*, y la crítica no ha menester de grande esfuerzo para poner de manifiesto su índole del todo *artificial é hipotética, fantástica y ficticia*, y para hacer ver que toda la historia es un constante mentís á todos los sistemas de filosofía de la Historia.. Véase lo demás que añade el mismo ilustre autor en su excelente *Critica*, donde no se sabe qué admirar más, si su humildad ó su sabiduría.

los sucesos y vicisitudes narradas por la Historia; ó en otros términos, si á la filosofía de la Historia se la considera en el sentido de razón última de los acontecimientos históricos, aunque esta razón sea conocida principalmente por la luz de la fe, y según que se ve admirablemente explicada por SAN AGUSTÍN y por BOSSUET, no hay duda sino que se da una filosofía, ó mejor dicho, una teología de la Historia, la cual descubre en ella “un orden constante en los designios de Dios y una señal visible de su poder en la dirección perpetua de su pueblo,”¹ “¡Qué consuelo el de los hijos de Dios!—dice también el célebre autor del *Discurso sobre la historia universal*,—¡y qué convicción de la verdad penetra en su espíritu cuando ven que desde INOCENCIO XI, que tan dignamente ocupa hoy la primera Silla de la Iglesia, se va subiendo sin solución alguna de continuidad hasta llegar á SAN PEDRO, constituido por Jesucristo en Príncipe de los Apóstoles; y que desde allí, subiendo por los Pontífices que han servido debajo de la ley, se llega hasta Aarón y Moisés, y desde allí hasta los patriarcas y hasta el origen del mundo! ¡Qué continuación, qué tradición, qué maravilloso encadenamiento²!,” “Cuatro ó cinco hechos auténticos y más claros que la luz del sol, nos hacen ver que nuestra Religión es tan antigua como el mundo, y, por tanto, que su autor es aquel mismo Señor que ha criado el universo, y que, teniendo á todas las cosas en sus manos, es quien únicamente ha podido dar principio y dirigir la ejecución de un plan que comprende á todos los siglos³.”

Con harta razón ha dicho nuestro BALMES que la Religión es la verdadera filosofía de la Historia. “Considerada, dice, la Humanidad desde el punto de vista en que nos coloca la Religión, vemos un magnífico conjunto con todas sus partes, con todas sus relaciones, con todos sus honores y bellezas; en ella todo viene del Cielo y va á parar al Cielo; el bien dimana de la

¹ *Discours sur l'hist. universelle*, parte II, cap. XXI.

² *Discours sur l'hist. universelle*.

³ *Ibid.*

misericordia infinita; los sufrimientos son castigos; la ignorancia es la pena que ha seguido al orgullo del saber; la muerte es el resultado de haber querido el hombre ser igual á Dios, y la vida, llena de afanes, de trabajos y miserias, es el fruto de haber tenido en poco otra vida sosegada, placentera, feliz, encantada con los hechizos de la inocencia. Los desgraciados que carecen de estas luces ó se obstinan en despreciarlas, no ven en el hombre otra cosa que un ser que lucha incesantemente consigo mismo, lleno de necesidades que no puede satisfacer, de pasiones que no le es dable saciar, de caprichos que no le es permitido contentar, ansioso de saber y sumido en la ignorancia, sediento de felicidad y abrumado de desdichas; por esto claman como insensatos contra la sociedad entera, blasfeman contra la bondad divina ó le atribuyen falsos designios; viven en las tinieblas del error en todos sentidos; divagan por espacios imaginarios; andan de continuo tras mentidas sombras que se les desvanecen como humo en el momento de estrecharlas en sus brazos, y no alcanzan otro resultado de sus trabajos que las estériles satisfacciones de la vanidad y del orgullo¹.”

VIII

Es tan grave el tema que acabo de exponer y ha sido envuelto en sombras tan densas por la filosofía contemporánea, que todavía espero me perdone el lector que procure esclarecerlo más ante sus ojos, ora resumiendo los conceptos que acabo de explicar, ora añadiendo juicios y reflexiones que acaso no carezcan de verdadero interés.

Para juzgar rectamente del valor, rango y dignidad de la Historia, es preciso considerarla, bien como historia propiamente dicha, ó según que son explicados los hechos que refiere por principios tomados, ora de los sistemas que ponen por fundamento de ella el postulado del progreso, ora de la Reli-

¹ *La Sociedad*, art. 1.º sobre el socialismo.